

## **“Llevo siempre conmigo un bosque a cuestas”. La Bosquihembra de Begoña Abad y la ética del cuidado<sup>1</sup>**

“I always carry a forest on my back with me”.  
Bosquifembra of Begoña Abad and the Ethics of Care

JOSÉ MARÍA GARCÍA LINARES  
IES Juan Antonio Fernández Pérez, Melilla

España  
kaluitas@yahoo.es

(Recibido: 29-07-2024;  
aceptado: 16-09-2024)

**Resumen.** Siguiendo las principales líneas teóricas en el campo de la ecocrítica (estudio de las relaciones entre la literatura y el medio ambiente) y el ecofeminismo (teoría y práctica política en la que se fusionan las reivindicaciones ecologistas y los principios fundamentales que defienden la igualdad entre los sexos, poniendo especialmente el foco sobre las vinculaciones entre ecología y feminismo) este trabajo propone una lectura-acercamiento desde ese prisma a la obra poética de Begoña Abad y a la construcción del personaje simbólico de la bosquihembra, a partir de los diferentes libros publicados por la autora desde 2006 hasta 2021. Las conexiones con la llamada “ética del cuidado” de Carol Gilligan, con la “ética de la Tierra” de Leonardo Boff o con el pensamiento simbólico pre-científico constituyen la base de un itinerario de lectura que apunta directamente hacia las causas de la crisis climática que ya asola buena parte de nuestro planeta.

**Palabras clave:** ecocrítica; ecofeminismo; poesía; Begoña Abad; ética del cuidado.

**Abstract.** Following the main theoretical lines in the field of ecocriticism (study of the relationship between literature and the environment) and ecofeminism (theory and political practice in which ecological claims and the fundamental principles that defend equality between sexes, focusing especially on the links between ecology and feminism) this work proposes a reading-approach from that prism to the poetic work of Begoña Abad and the construction of the symbolic character of the bosquihembra, from the different books published by the author from 2006 to 2021. The connections with the so-called “ethics of care” by Carol Gilligan, with the “ethics of the Earth” by Leonardo Boff or with pre-scientific symbolic thought constitute the basis of a reading itinerary that directly points towards the causes of the climate crisis that is already ravaging a large part of the planet.

29

**Keywords:** ecocriticism; ecofeminism; poetry; Begoña Abad; ethics of care.

<sup>1</sup> Para citar este artículo: García Linares, J. M.<sup>a</sup> (2025). “Llevo siempre conmigo un bosque a cuestas”. La Bosquihembra de Begoña Abad y la ética del cuidado. *Álabe* 31. DOI: 10.25115/álabe31.10057

## I. Conocimiento y aprendizaje. El ecofeminismo

En 2011 Jorge Riechmann publica *El común de los mortales*, libro de poemas en el que se incluye el titulado “Ecocidio”, que ya citamos con anterioridad. Es un texto decisivo, fundamental para el análisis de la poesía española contemporánea desde la perspectiva de la ecocrítica y, en concreto, para la lectura que haremos en este epígrafe de algunos poemas de Begoña Abad, puesto que, como podrá comprobarse, el amor, el saber y la acción de las que habla el poema de Riechmann atraviesan la poética de la escritora burgalesa. El texto que citábamos entonces planteaba lo siguiente:

Inútil amor  
el que no engendra amor  
Inútil saber  
el que no pone coto a la destrucción  
Inútiles días  
los de quien sólo se lamenta y no actúa  
(p. 136)

Como ya desarrollamos en profundidad en otro lugar,<sup>2</sup> la poesía de Begoña Abad se articula como una propuesta de conocimiento y aprendizaje que tiene en el otro o los otros uno de sus ejes centrales. Vivir siempre es ser consciente de lo que se sabe desde un punto de vista doble: lo conocido por imposición y lo que se sabe porque fue descubierto a solas. Este descubrimiento, en consecuencia, determina el comportamiento posterior del sujeto poético, que es capaz de abrirse a un mundo en el que puede desplegar su mirada sin tapujo alguno. El rechazo de paradigmas anteriores y la apertura a una doble concepción de la vida como regalo y como entrega se materializan en poemas en los que el amor es a la vez sabiduría y pasión y he aquí una de las claves de lectura, puesto que amar/conocer a los demás generará inevitablemente un compromiso sincero y decidido tanto por los otros (seres humanos, seres amados) como por lo otro (seres sintientes, árboles, mares, etc.), es decir, los textos despliegan toda una ética del cuidado, uno de los rasgos más significativos del ecofeminismo. Libros como *La medida de mi madre* (2008), *Cómo aprender a volar* (2012), *Musarañas azules en Babilonia* (2013), *Palabras de amor para esta guerra* (2013), *Nacidas a la izquierda del padre* (2014), *Estoy poeta (o diferentes maneras de estar sobre la tierra)* (2015), *El techo de los árboles* (2018) o *El lenguaje de las ballenas* (2020) desarrollan en profundidad el ideario del poema de Riechmann que acabamos de leer.

Señalemos que el ecofeminismo surge como teoría y práctica política en la que se fusionan las reivindicaciones ecologistas y los principios fundamentales que defienden la igualdad entre los sexos, poniendo especialmente el foco sobre las vinculaciones entre

<sup>2</sup> García Linares (2019).

ecología y feminismo<sup>3</sup>. Las conexiones entre ambas son muy diversas, tanto históricas y simbólicas, como políticas, éticas y conceptuales, y en todos los casos coinciden en señalar que la dominación de las mujeres y de la naturaleza han ido de la mano a lo largo del tiempo. En este sentido, Warren (2003: 62) incide en que “cualquier teoría feminista y cualquier ética medioambiental que no considere la interconexión entre la dominación de la mujer y de la naturaleza es, en el mejor de los casos, incompleta y, en el peor de ellos, simplemente inadecuada”. La cuestión de la dominación es clave en la crítica a la modernidad que realiza el ecofeminismo contemporáneo, el de los años noventa y posteriores. Para Puleo (2018: 75-76) se configura como “crítica a la injusticia social y a la destrucción ambiental. Lejos de narcisismos desesperanzados, intenta construir horizontes utópicos, realizando análisis críticos de inspiración socialista sobre la globalización neoliberal”, evitando, además, “el esencialismo del ecofeminismo clásico ginecocéntrico”. De una enorme relevancia es el objetivo de “integrar una visión del mundo menos escindida y jerárquica entre Naturaleza y Cultura que la occidental y formar alianzas políticas para resistir el avance de las multinacionales destructoras de la biodiversidad”.

Ya señalábamos en trabajos anteriores<sup>4</sup> que una de las piedras basales de la poética de Begoña Abad es la denuncia de la lógica y de las estructuras del patriarcado y el silenciamiento sufrido por la mujer a lo largo de la historia. Las “invisibles”, las “nacidas a la izquierda del padre” o las “desterradas hijas de Eva” pueblan toda la obra de nuestra poeta, aunque con mayor protagonismo en el libro *Nacidas a la izquierda del padre*. En sus textos encontramos ejemplificaciones muy significativas de la dominación masculina, como en el siguiente poema, en el que el dominio se ejerce a través del lenguaje:

Él sabe las palabras mágicas,  
tiene la llave de tu puerta,  
entra cuando quiere, te sorprende y las dice:  
“te quiero, sin ti no soy nada,  
eres lo único que me importa”.  
  
Tú necesitas creerlo  
porque nunca nadie te había hecho visible,  
porque las mujeres de tu vida  
han sido sombras mudas, ciegas  
y tú, de pronto, existes para él.  
  
¿Quién puede exigirte que dudes,  
que dejen de temblar tus manos  
y que no se te derritan las piernas que te sujetan?

<sup>3</sup> Para profundizar en estas vinculaciones, véanse, entre otros, Carretero González (2010), Gates (2010), Mies y Shiva (2014), Puleo (2019), Plumwood (2002) Rey Torrijos (2010) y Warren (2003).

<sup>4</sup> García Linares, 2017, 2018, 2019.

Revista de la Red de Universidades Lectoras Revista de la Red de Universidades Lectoras

¿Quién se atreve a romperte el corazón  
(una vez más)  
contándote el final del cuento?  
Y aunque lo hicieran,  
cómo podrías creer que habrá más noches  
tan largas como vidas  
y muy pocos amaneceres...  
(p. 50)

En este libro nos encontramos con una voz poética segura y poderosa que, tras un largo camino de esfuerzo y auto-conocimiento es capaz de expresarse como siempre había deseado. Como afirmábamos (García Linares, 2019: 120), “Es ahora cuando se puede decir lo que intuimos que quería expresar el yo desde esos primeros años de sol y edad, ahora cuando la cuestión de la sabiduría como forma de vida resulta más que evidente e incuestionable, cuando la palabra propia es capaz de arrasar la palabra putrefacta del poder y dirigirse, así, a quienes han sido maltratadas y negadas a lo largo de los siglos”. Esas que son nombradas en otro de los poemas de *Nacidas a la izquierda del padre*:

Han cocinado, frotado, acunado, planchado,  
llevado hijos, sujetado padres, consolado abuelos,  
repartido ternuras, esperado regresos,  
disculpado ausencias, acarreado agua,  
multiplicado escaseces,  
hecho milagros de los panes y los peces,  
dibujado sonrisas, aligerado cargas,  
intentado conquistas  
y además han procurado  
no perder su identidad  
y ejercer de Eva, pase lo que pase.  
Si pusiéramos en fila  
la inmensa cantidad de tareas invisibles  
que han hecho en la vida,  
no habría mundo capaz de contenerlas.  
(p. 45)

Plumwood (1993: 196) es una de las escritoras que con más detalle ha elaborado una crítica hacia la lógica del dominio. Distingue cuatro estadios en su desarrollo. En el primero nos encontramos los clásicos dualismos de oposición jerarquizada razón/natu-

raleza y mente/cuerpo, en los que siempre el primer término es el poderoso y ha sido asociado con el género masculino. En el segundo nivel nos encontramos, por un lado, con el dualismo cartesiano, que despoja de toda capacidad mental a los no humanos, y por el otro con el concepto lockeano de trabajo productivo, que está en la base de la apropiación individual de la Naturaleza. En el siguiente estadio nos encontramos con la reducción del Otro a mera mercancía, como consecuencia de una racionalidad egoísta e instrumentalizadora. En el cuarto y último nivel, que se correspondería con el presente, pasaríamos de un mundo instrumentalizable a otro absolutamente instrumentalizado, donde el yo puede devorar al Otro con total legitimidad. Esta lógica de la dominación coagula en poemas en los que el yo poético es consciente de ese poder ejercido y, a la vez, de la necesidad de enfrentarlo y vencerlo, como en este texto, también de *Nacidas a la izquierda del padre*:

Quisieron expropiar me la voz  
y me llamaron “mujer”.  
Intentaron hacerme invisible,  
“mujer” de nuevo.  
Me educaron sumisa  
y volvieron a decirme “mujer”.  
No es que quiera dejar de serlo,  
lo que quiero es sentirme libre e igual,  
dejar que me miren  
y que sepan que obedezco  
pero a mi condición de mujer  
antes que nada.

(p. 84)

El texto conecta perfectamente con el ideario de otra de las autoras fundamentales en este aspecto, K. Warren, a la que ya hemos citado unas páginas más arriba. Para Warren (1997: 134) las diferentes dominaciones comparten un marco conceptual común. Son valores, creencias, actitudes y supuestos construidos socialmente que funcionan, como señala Puleo (2018: 80), “a la manera de una lente a través de la cual vemos el mundo y legitimamos las relaciones de dominación y subordinación de algunos grupos humanos sobre otros y de los humanos sobre los animales y el resto de la Naturaleza”. Para Warren, en definitiva, la clave que justifica esta lógica de la dominación está en que ser diferente equivaldría a ser inferior.

Tanto el análisis de Plumwood como el de Warren resultan fundamentales para la lectura de la poesía de Begoña Abad que estamos haciendo en estas páginas porque, enseguida, vamos a comprobar cómo la poeta fusiona en una figura casi mítica a la mujer y a la Naturaleza, ambas dominadas por el imaginario patriarcal, con todo lo que ello puede

significar para el pensamiento ecofeminista. Fijémonos, como si de una introducción se tratase, el poema de *Estoy poeta...* titulado “Tesoros naturales”:

El hielo que agrietó la piedra.  
La sombra del sol que al ponerse  
cierra los montes.  
El poder de la brisa que formó  
la duna cuarenta de Namibia.  
El intenso verde de los musgos  
del campo inglés.  
Las huellas fósiles de una hoja dentada  
y del primer animal viviente.  
Los glaciares y volcanes.  
La ley de la gravedad.  
Tu primer beso  
mientras buscabas debajo de mi blusa.  
(p. 72)

Y en esta fusión de amor, de naturaleza y de feminidad será necesario añadir un nuevo elemento, el de la ética del cuidado, tan presente en toda su poética.

Así, pues, nos interesa en este momento detenernos en la caracterización que, también en esta ocasión, Warren (2002: 83-86) realiza de la ética ecofeminista, que coincide con Puleo (2019: 53-64) al señalar la ética del cuidado como piedra angular de la teoría. Para Warren la ética ecofeminista es antinaturista (en contra de esencialismos), es contextualista (tiene en cuenta las circunstancias del momento), es pluralista (presupone y mantiene diferencias), se concibe como teoría en proceso (variable en el tiempo), es inclusivista, es afín a la ecología social (no pretender ofrecer un punto de vista objetivo), pone en valor la ética del cuidado y, finalmente, supone la revisión de conceptos como humanidad y ética humana. En *El techo de los árboles* Begoña Abad incluye un largo poema que resulta muy relevante en este momento por esa llamada al cuidado y a la escucha del otro:

Salir del poema perfectamente planchado con raya y al vapor.  
Salir a la calle despeinada, llena de baches y charcos.  
Salir calle arriba de las penas propias y del otro.  
Salirse y agarrar la mano más cercana,  
abrocharle la esperanza al primero que caiga  
sin dejar que se cuele por las rendijas  
el miedo a lo desconocido de sus ojos tristes,

el miedo a su ropa diferente o a sus costumbres extrañas,  
Salirse del poema a veces, como salir del vientre abrigado de la madre  
y lanzarse a mirar alrededor dejándose calar hasta los huesos  
sin protección solar ni de la otra,  
dejarse llevar a los lugares donde no hablan tu idioma  
y donde la poesía es un papel con letras que no se come  
ni sirve para abrigarse, ni para llevar al banco  
que pide su bocado a cambio de un respiro.  
Mojar el mendrugo de pan en las lágrimas del hambre.  
Salirse, si se puede, para acercarse al que ya no distingue  
los adverbios de tiempo porque lleva esperando toda la vida,  
dejarse de querer enseñarle palabras compuestas o simples,  
para escucharle llorar sin pedirle que pare.  
Escuchar el sonido de la vejez que es sorda y ciega, que cansa y asusta.  
Hacer novillos del paraíso poético y bajar a la arena de lo común, de lo opaco,  
tantear las fuerzas y bajar de los pedestales, de los currículos  
y abrazarse a la realidad que nos queda cerca.  
Dejar de escribir para ganar y escribir para profetizar  
porque caen las torres y los imperios y se mudan las tinieblas de lugar.  
(pp. 59-60)

## 2. La ética del cuidado

Puleo (2019: 53-64) aborda en su estudio la cuestión de la ética del cuidado. La moral, como se nos ha enseñado tradicionalmente, debe surgir de una actitud neutral, basada siempre en la razón. Sin embargo, la ética del cuidado plantea una serie de valores (cuidar, mostrar afecto, preocuparse por el otro) que son irrenunciables y que, aunque han sido siempre relacionados con lo femenino, deberían convertirse en el fundamento de una ética comprometida y contemporánea sin distinción de géneros. Fue Gilligan (1986) la que habló de “ética del cuidado” o “ética de la implicación”. Se trataría, en palabras de Navarro Pedreño (2017: 96), de una manera más humana y menos abstracta de establecer valores que guíen la acción ética, en la cual la razón convive con los sentimientos y la imaginación. Como señala Puleo (2019: 59), “Una ética de la responsabilidad, distinta de una ética masculina centrada exclusivamente en la justicia y el derecho”.

Gilligan también coincide con Seyla Benhabib (1990: 120) en la consideración del otro como alguien particular que vive una situación concreta, otro particular que sus-

tituye al otro generalizado desde un punto de vista moral para tener en consideración a personas con nombre propio, con una identidad propia, puesto que “el otro es alguien que está inmerso en una red de relaciones en las que se inserta el yo” (Navarro Pedreño, 2017: 96). Es desde aquí desde donde nace el reconocimiento de la responsabilidad hacia los demás. Uno de los poemas de *Palabras de amor para esta guerra* resulta muy esclarecedor a este respecto:

Como un yugo, la soledad nos une,  
el desamparo propio y el del otro,  
y es ahí justo donde me hallo.  
(p. 114)

En un interesante trabajo, Flys Junquera (2013: 93) señala que ya la feminista Marilyn Frye distinguía entre una “mirada arrogante” y una “mirada afectuosa”: “La mirada arrogante, característica de la lógica de la dominación y de todas las empresas colonizadoras, ve al otro como algo consumible o útil que debe ser asimilado o conquistado. Por otro lado, la mirada afectuosa reconoce la diferencia e independencia del otro y pretende llegar a conocerlo, entenderlo y apreciarlo”. Para Leonardo Boff (2017: 49-56) el cuidado es uno de los fundamentos de una ética para la Tierra. La clave estaría, según el autor, en la filosofía de Emmanuel Lévinas (2009: 59 y siguientes) y en la idea de que la ética nace necesariamente del encuentro con el otro, especialmente con su rostro. Ante la presencia del otro, ante sus manos y su rostro suplicantes, no podemos negarnos. Tenemos que adoptar una postura. Simplemente la presencia del otro representa una propuesta que exige inmediatamente una respuesta. Según Boff (2019: 53) nunca deberíamos olvidar las palabras que Ludwig Feuerbach “escribió con razón: La ética comienza al escuchar el primer grito del sufrimiento humano”. En *Nacidas a la izquierda del padre* escribe Abad el poema “Uno”:

Ahora lo sé,  
la salvación sólo existe a solas  
con todos vosotros.  
(p. 82)

La preocupación por el otro, por tanto, es una de las claves de la poética de Begoña Abad. Como ya se dijo en un trabajo anterior (xxx, 2019: 104-113) no sólo los presupuestos de Gilligan están muy presentes en los textos de Abad, sino también los de Jorge Riechmann (Iravedra, 2010: 184): “Creo en una poesía que acompañe al ser humano; y esa es la poesía que yo necesito. Tal acompañar no excluye volver la vista atrás, explorar senderos laterales ni adelantarse unos kilómetros en anticipación de lo que vendrá”. Escribe Abad en *Palabras de amor para esta guerra*:

Suéltate el miedo y déjate crecer la vida.  
Recuerda que en tu hambre mandas tú.

Recuerda que sólo a ti te perteneces  
y que el mundo es tu casa.  
Que el dolor del otro a ti te ha de doler  
porque si no es así,  
tú también estás muerto.  
Levántate tantas veces como te llame la vida,  
tantas como te palpite el corazón de los invisibles.  
Recuerda que los brazos sostienen, abrazan.  
Cuando dudes cuál es tu revolución  
pregunta a los que nadie escucha.  
Cuando quieras saber a qué has venido al mundo  
y a dónde debes ir,  
coge su mano y déjate llevar a su terreno.  
Sólo ahí te reconocerás,  
soltarás tus miedos  
y te dejarás crecer la vida.  
Porque sólo la vida puedes perder  
y ésta es la única certeza  
que puede hacernos fuertes.

(p. 44)

### 3. La bosquihembra

Aunque la conciencia ecológica del sujeto poético se había manifestado puntualmente en libros anteriores, la definitiva fusión de la ética del cuidado y la naturaleza se va a producir de manera intensa en el libro publicado en 2015 *Estoy poeta (o diferentes maneras de estar sobre la tierra)*. En él encontramos uno de los personajes más significativos de toda la producción poética de la autora burgalesa, la bosquihembra. El poema lee así:

Llevo siempre conmigo un bosque a cuestas.  
El olor de la umbría me hace hembra  
y el musgo me crece  
y se desborda en ríos de deseo.  
Ese sonido que a veces te llega  
es mi sonido de bosquihembra.  
Un día, no muy lejano,

te llevaré a mi bosque,  
pondré raíces en tus pies  
y, enredadera yo,  
te creceré en las ramas  
de espino blanco.  
(p. 39)

Es en *Estoy poeta...* cuando se muestra, pues, la bosquihembra,<sup>5</sup> cuando esta criatura fantástica nos presenta su universo, pero algunas cualidades y se irán detallando también en los dos libros posteriores, es decir, en *El techo de los áboles* y en *El lenguaje de las ballenas*. Este recurso es muy típico en la poesía de Begoña Abad. Cada libro contiene una serie de semillas que florece en la publicación siguiente, como ya indicamos (García Linares, 2019).

Señalemos, antes de continuar, dos cuestiones que son fundamentales para esta lectura ecocrítica de la poesía de Abad y que hemos señalado páginas atrás. Lo hemos dicho a propósito de Elsa López, pero queremos insistir en que la poesía nunca es inútil, porque es un útil ideológico, como nos enseñó Juan Carlos Rodríguez. Se escribe siempre desde un lugar, desde una posición ideológica determinada y por eso escribir se convierte en un ejercicio de indagación y de desvelamiento de sentidos. Pero es que, además, en segundo lugar, no puede haber una ética ecológica mientras sigan rotos los vínculos del yo con el otro, es decir, mientras no seamos conscientes de la necesidad de desplegar una auténtica ética del cuidado. La poesía de Abad es precisamente eso: vínculo, fraternidad y responsabilidad para con el otro. Veamos, pues, de dónde surge esa bosquihembra, los textos que nos la acercan y configuran, los bosques que lleva a cuestas, el musgo, el olor y la sombra.

Hay un texto de Ignacio Abella (2018: 39-40) que no podemos dejar de traer hasta nuestras páginas. “Cuenta una leyenda vasca que, al principio del mundo, todas las cosas hablaban, excepto *goandioa*, el musgo. Cuando el resto de los seres intentaron enseñarle, todos, excepto el ser humano, perdieron el don de la palabra. Seguramente, una versión de este mito mucho más ajustada a la verdad del resto de las criaturas, diría que fueron en realidad los humanos quienes perdieron la facultad de escuchar. Sordo y solo”.

Pero si tomamos al pie de la letra la versión original del mito, entenderemos mucho mejor los versos con los que da comienzo el poema “Mi tribu”, de *El techo de los áboles*, en donde todo un grupo humano parece no necesitar las palabras, tan desencantadas, sino una forma distinta de comunicación. Téngase en cuenta también como otro ejemplo más de la necesaria ética del cuidado del ecofeminismo:

Mi tribu se reconoce  
aun en las más oscuras catacumbas

<sup>5</sup> Es imposible no recordar el símil del árbol que emplea Virginia Woolf (2009: 164) en *Una habitación propia*: “Empezaba uno a inclinarse hacia un lado y hacia el otro, tratando de vislumbrar el paisaje que había detrás. No se sabía a ciencia cierta si se trataba de un árbol o de una mujer andando”.

porque ellos son portadores de la luz.  
Se reconocen porque aman libremente,  
porque todos cuidan de todos,  
porque comparten el pan aunque escasee  
y cantan aun amordazados.  
Porque sin palabras escriben con la mirada  
y su hazaña es vivir-se.  
Mi tribu es toda manos en busca de otras manos  
para no soltar la fuerza que las une  
y transmitirla a lugares que ni siquiera conocerá,  
y es toda oídos, mi tribu,  
para escuchar atenta el latido  
que desde allí llegue.  
Mi tribu no se detiene ante la fuerza bruta  
porque tiene el poder justo de la decencia.  
Mi tribu se rebela cada mañana  
y en el mínimo gesto muestra su valentía.  
Mi tribu habla de AMOR a todas horas,  
lo reparte, se besa, llama a la fiesta,  
hace música, poesía y pan,  
puede dormir al sereno,  
comer cristales y beberse la sed,  
mientras permanezca como uno.  
Mi tribu tiene agujeros en los bolsillos,  
deja caer semillas.  
Es, mi tribu, una grieta  
por la que entra la luz precisa.  
(p.61)

Se trata, pues, de otro lenguaje que parece haber perdido el género humano. En ese sentido, y abundando en lo que acabamos de decir, el siguiente poema del mismo libro vuelve a referirse a lo innombrable, a lo que es innato, sagrado:

Lo que no necesita palabras,  
lo innombrable,  
lo que ya está dicho

desde el silencio de la creación,  
lo esencial, lo innato, lo sagrado,  
abierto con los ojos  
de abrir puertas sin puerta,  
donde nadie ha entrado jamás  
si no es hecho luz,  
rendido a esa evidencia  
que a todo responde sin palabras  
y que unifica el misterio de la vida.

(p. 154)

En Abad el musgo simboliza lo primario, la fertilidad de lo pequeño, la maravilla de lo cotidiano. Fertilidad que se desplaza también hacia lo amoroso, a lo erótico del sujeto lírico. Es un idioma que no está hecho de palabras, que pertenece a un tiempo ancestral, que se deja sentir, pero no leer. Nos recuerda aquellos otros versos de Ida Vitale, “Para que el musgo nazca y el verde / empiece a cantar, entonces suave”. Inevitable seguir hilando hasta llegar a Alfonsina Storni y su “Vamos hacia los árboles [...]”, en el poema “Paz”.

Que la bosquihembra lleve un bosque a cuestas es, también, una reelaboración fantástica, mítica, de esa relación poética tan vívida y tan hermosa cultivada por los hombres y mujeres de todos los pueblos con los grandes árboles de la plaza que los cobijaban sobre sus raíces y bajo sus ramas, como dice Abella. Porque la idea de cobijo es básica en *El techo de los árboles*. Lee así este poema:

Así nuestras vidas paralelas,  
en mitad de un páramo.  
Nada antes, nada después,  
siempre la niebla que nos envuelve.  
Los ojos que miran y no veo, a ras de suelo.  
El húmedo olor de seres que sisean en el bosque.  
Y el techo de los árboles que adivino,  
que nos cobija.

(p. 162)

Esos árboles totémicos que han ido desapareciendo, derrotados por el asfalto y la ciudad, esos árboles sesgados de la selva, su belleza en el suelo, su grandiosidad perdida. Es muy interesante señalar que, tradicionalmente, cada pueblo tenía su árbol emblemático representado, incluso, en sus escudos. Se producía así la identificación de cada comunidad y tribu, como sigue diciendo Abella, con ese templo vivo, con el gran árbol, generándose así un entendimiento y una relación con la cultura del bosque, cargada de vitalidad y fuerza. En *El lenguaje de las ballenas* escribe Begoña Abad:

Hay un árbol aterido en mitad de la nieve.  
Uno diminuto, perdido en la ciudad,  
que cobija la luz amortiguada de una farola  
como si fuera La Luz del mundo.

Hay un árbol de pie musgoso en mi memoria  
que me recuerda a ti.

Un exótico árbol que recita poemas.

Hay un torcido árbol  
que desafía la mirada recta  
y una encina que planté en tierra ajena  
y que nunca echó raíces.

Hay un árbol caduco y otro perenne  
en mis entrañas  
y ambos me arraigan y sostienen a la vez.

Hay árboles donde se ahorca el hombre  
y árboles a los que trepa el niño  
que también he sido.

Hay árboles distintos  
que sobreviven y se alimentan  
de la misma tierra,  
entrelazando raíces  
y haciéndose milenarios.

Son árboles sabios que sustentan los bosques  
donde se abren los claros que perseguimos,  
exhaustos, toda la existencia.

(pp. 91-92)

Perder esta cultura arbórea ha sido una segunda forma de alejarnos del Edén perdido, al que sólo podríamos regresar, o intentar hacerlo, a través de la conciencia ecológica, de la recuperación del ritmo, la canción y el lenguaje primitivos que nos ponen en comunión con el otro, con lo otro. Uno de los poemas de *El techo de los árboles* es muy representativo de lo que decimos. La identificación entre el yo poético y la naturaleza resulta decisiva para regresar a lo perdido, a lo olvidado:

Ayer fui musgo otra vez.  
Fui haya quemada por los hielos  
y torrentera ruidosa de los deshielos.

Ayer volví al paraíso y el atronador silencio  
me llenó de una fértil nada  
en la que quiero quedarme.  
(p. 151)

Además de llevar un bosque a cuestas,<sup>6</sup> la bosquihembra se dirige a su interlocutor advirtiéndole de que “Un día de estos, no muy lejano, / te llevaré a mi bosque, / [y] pondré raíces en tus pies”. La bosquihembra se nos parece cada verso que pasa más a una entidad feérica, es decir, a un hada de los bosques, criatura mágica con forma de mujer hermosa que, según la tradición, es protectora de la naturaleza, producto de la imaginación, la tradición o las creencias, y pertenece al fabuloso mundo de los elfos, gnomos y duendes, esos “seres que sisean en el bosque”, que citábamos antes. La mayoría de ellas se representa con alas, y ya sabemos de la importancia de las mismas en la poesía de Begoña Abad.<sup>7</sup> Recordemos, además, que en el folklore gaélico el espino marca la entrada al otro mundo, al mundo mágico de estas criaturas del bosque. En este sentido habría que señalar el desplazamiento semántico que se produce desde ese significado mítico a la significación erótica. El motivo del espino se convierte también en un elemento más del imaginario amoroso de nuestra poeta, como podemos leer en el siguiente poema:

Aquella noche me encerré contigo  
y me corté los pechos  
para que nadie más los tocara  
si no iban a ser tus dedos de agua mansa.  
Me pensabas, mientras yo hacía aquella  
ceremonia de sanación y entrega,  
desde otra habitación, estoy segura.  
Ahora vuelve a mí aquel AMOR  
que escribe recto en torcidos renglones

<sup>6</sup> Que, por otro lado, es eso lo que somos, como dijo Whitman (1994: 143): “nos transformamos en plantas, en troncos, follaje, raíces, corteza”.

<sup>7</sup> Hemos de señalar que la identificación de la mujer con la naturaleza viene de muy lejos, como se sabe. Para la ideología patriarcal, el hombre es cultura mientras que la mujer es naturaleza, de la misma forma que uno es razón y la otra emoción, uno es pensamiento y la otra sentimiento, etc. Sin embargo, Casanova y Larumbe (2005) dedicaron su trabajo a analizar, a propósito de esta identificación, “la conversión, desde la revolución neolítica, de cualidades positivas, vinculadas a la fortaleza, lo propiciatorio y la capacitación femenina en los ciclos vitales, la regeneración y la fertilidad, en negativas, es decir, en atributos de la debilidad” (Ruiz Garrido, 2016: 129). Digamos, pues, que esta bosquihembra está cargada de mito y de folklore, es anterior a Rousseau y los ángeles del hogar. Entronca directamente con las mujeres árboles, como Dafne. Además, como sostiene Ruiz Garrido (2016: 131), “La relación mítica de la mujer con los árboles puede remontarse a la representación iconográfica del Árbol de Jesé, en la que la Virgen María ocupa una posición prominente en la cúspide del tronco del árbol genealógico. Igualmente resultan usuales los relatos sobre las visiones o apariciones de la Vírgenes en los árboles. De ahí que buena parte de la iconografía contemporánea que relaciona semántica o visualmente a la mujer con este elemento natural se sirva de esta simbiosis para mostrar la naturaleza maternal de la mujer y sus ramificaciones conceptuales, como mujer-árbol de la vida”. Serán árboles “como refugios, atalayas naturales desde las que contemplar el mundo en perspectiva, desaparecer o hacerse ver, soñar o atisbar la realidad como lo haría un pájaro o una ardilla”. Véase, para profundizar, el pormenorizado análisis de Hernández González (2010: 179-210) sobre las deidades arbóreas.

y se renuevan los besos de niños que hacen  
temblar a la inocencia misma  
y son a la vez la poderosa energía  
que mueve los mundos  
y a todos los hombres que en ellos habitan.  
Como volver a nacer es esta noche  
que vuelves hacia mí tu rostro  
y me arropas bajo el espino blanco.  
El pájaro que ya anida en mi pecho  
te pertenece.

(p. 115)

Al igual que ocurre con las hadas en la literatura medieval, también la bosquihembra busca unirse con el hombre amado, como vemos en este ultimo poema que acabamos de citar, y, como ellas, parece dominar conjuros capaces de poner raíces en los pies del amante. Raíces que simbolizan lo profundo, el verdadero sostenimiento, lo que se oculta, pero atesora la vida, lo que sostiene todo el edificio humano, como parece leer el siguiente poema, también de *El techo de los árboles*:

Las raíces saben desde siempre,  
saben de lo invisible desde su hondura,  
se abren camino a un futuro  
mientras la copa del árbol  
sostiene efímeras floraciones  
que, visibles, creen ser lo principal en un bosque  
que se pierde en siglos de existencia.

(p. 139)

La bosquihembra es mujer, es bosque, es amor, es creatividad, libertad y también es loba. En esta caracterización y rastreo que hacemos de ella, es necesario dar un pequeño rodeo para iluminar las claves de su propia naturaleza.

En las últimas décadas, desde distintos ámbitos como la etnopsicología, la antropología, el multiculturalismo y los movimientos indigenistas, algunas propuestas ecofeministas han recurrido a la figura de una mujer cercana a la Naturaleza como cristalización de todos los valores opuestos al pensamiento tecnocientífico moderno que pretenden defender. Como señala Puleo (2018: 326), nos encontraríamos ante el regreso del buen salvaje de Rousseau, pero en su versión femenina. Con la globalización habría surgido todo un imaginario poblado de mujeres defensoras de culturas preindustriales sostenibles que, aunque supone la revalorización de la alteridad, no está exento de múltiples

dificultades para la consideración de la mujer concreta y del entorno natural. Ya desde el XVII se popularizó la hipótesis, de la mano de François Poulin de la Barre, de una sociedad prehistórica igualitaria en la que los hombres y las mujeres eran seres sencillos e inocentes que se dedicaban por igual al cultivo de la tierra y a la caza. Para Poulin de la Barre, es la guerra lo que desencadena la sujeción patriarcal de la mujer, por ser menos belicosa y menos apta para el combate. Absolutamente inscrito en la antigua polémica sobre el sexo excelente, Poulin de la Barre desarrolla un discurso en el que alaba las excelencias femeninas: su caridad, su modestia, su capacidad retórica y otros atributos que considera propios de las mujeres. Son, además, las representantes del buen sentido, de la sensatez y de la inteligencia no deformada por una educación machista. En esta crítica despiadada contra las escuelas filosóficas de su tiempo, para Poulin de la Barre las mujeres rurales que se dedican al cultivo de la tierra poseen capacidades como la de la predicción meteorológica y la curación de enfermedades mediante remedios naturales más efectivos que la medicina de la época. Sin embargo, lo que no hace el filósofo es defender a la mujer en detrimento del varón. No se trata de una cuestión de esencialismos. Para Poulin de la Barre el intelecto no tiene sexo y por eso, dice, en el futuro ellas podrán, una vez vencidos los prejuicios, ocupar los puestos de responsabilidad que les correspondan en la sociedad.

La continuidad de estos postulados es evidente en la historia europea contemporánea. Alicia Puleo (2018: 329-341) realiza un interesantísimo recorrido que parte de Émile Zola y cruza el *art nouveau* y el surrealismo francés hasta llegar a los años 40 del siglo pasado y a la publicación de las obras de Elin Wagner, considerada uno de los precedentes del ecofeminismo. En *Alarm Clock* (1941) y *Peace with Earth* (1940) la escritora sueca defendió que la derrota del matriarcado habría inaugurado la fase de dominación destructiva de la Tierra.

Esta hipótesis del matriarcado primitivo sigue hoy presente en el pensamiento contemporáneo fusionado con el paradigma ecológico, hasta el punto que las diferentes representaciones positivas de la alteridad femenina del siglo XX siguen vinculadas a este imaginario. Por ejemplo, son muy significativos los relatos fundacionales o de los orígenes en los que la Diosa Madre es creadora de vida y recolectora en una sociedad igualitaria, y portadora de una feminidad universal no domesticada. El modelo, mucho mejor detallado en Puleo (2018: 330-331), permite que en las últimas décadas del siglo XX emerja esta Mujer-Naturaleza frente al Hombre tecnológico, y así encontramos los trabajos de Evelyn Reed (mujer primitiva laboriosa, abastecedora de la comunidad, productora de tejidos, alfarrera y recolectora), Marija Gimbutas (con estudios arqueológicos que recogen las representaciones de la Naturaleza como Diosa Madre en la prehistoria europea), Susan Griffin (en toda mujer está oculta la mujer salvaje ecofeminista como rugido interior) o Ariel Kay Salleh (el alumbramiento y cuidado de los hijos vincula a la mujer con la naturaleza). Sin embargo, es la “Mujer Salvaje” de Clarisa Pinkola la representación más popular gracias al éxito obtenido con su ya famoso *Mujeres que corren con los lobos* (2000). Según la escritora, la mujer universal estaría en peligro de extinción, al

igual que los lobos. Pinkola sostiene que cuando las mujeres descubren este arquetipo en su interior, recuperan su fuerza vital y dejan salir a la “loba robusta” que fue encerrada y debilitada por la norma. Y dice concretamente (21):

Desde el punto de vista de la psicología arquetípica y también de las antiguas tradiciones, ella es el alma femenina. Pero es algo más: es el origen de lo femenino. Es todo lo que pertenece al instinto, a los mundos visibles y ocultos... es la base. Todas recibimos de ella una resplandeciente célula que contiene todos los instintos y los saberes necesarios para nuestras vidas. [...] Es la fuerza Vida/Muerte/Vida, es la incubadora. Es la intuición, es la visionaria, la que sabe escuchar, es el corazón leal.

Hasta aquí queríamos llegar con nuestro rodeo. Loba robusta, intuición, vida. En *El techo de los árboles* también encontramos representaciones muy significativas de la loba que añaden nuevos matices a nuestra bosquihembra. El poema titulado “La loba” dice así:

Qué poco hombres los hombres de mi vida  
matando a sus mujeres con la palabra áspera,  
con el silencio amargo, con la mano escondida,  
o alzada amenazante,  
con la mirada turbia, juzgadora, oscura,  
con la espalda vuelta para no saber,  
con la cobardía y el miedo  
ante el abuso de poder.

Qué poco hombres los hombres de mi vida  
para tanta mujer como parió mi madre  
sin saberlo siquiera.

La maldición de la madre tierra caiga sobre ellos  
y hasta el último aullido de la loba  
siga sonando en sus oídos,  
también para los destetados  
que mamaron su leche  
y no supieron aprender  
de su dulzura y su grandeza.  
(p. 89)

El lobo es uno de los símbolos de la luz, en tanto en cuanto es capaz de ver a la perfección en la oscuridad, es decir, de vencerla. Aunque también posee un carácter maligno, nos interesa en este momento porque es, igualmente, iniciador y portador del

conocimiento, de ahí que sea uno de los animales asociados al dios Apolo, y, de la misma forma, al imaginario poético de nuestra autora, puesto que, como ya hemos señalado, la dialéctica entre conocimientos impuestos y conocimientos aprendidos libremente es clave en la poética de Abad. La loba, en concreto, es otra de las formas de representación de la Gran Madre por las connotaciones de fecundidad que atesora, y así puede leerse en este otro poema, también de *El techo de los árboles*:

La loba sigue el rastro,  
husmea los senderos,  
ventea el aire, los ojos ven más lejos.  
Atisba el peligro antes que ellos,  
los cachorros juegan a ser fuertes,  
no saben de la huida  
ni del golpe, ni de la muerte.  
La loba siempre alerta  
a su camada de piedras con piel de cordero.  
En las noches aúlla a cualquier luna.  
Sólo el pastor sabe cómo lloran las lobas.

(p. 91)

Ese afán de conocimiento vincula el arquetipo de *La Loba (lo instintivo) y el de La Vieja (la sabiduría)* conocido también como *La Que Sabe*, como bien ha destacado Pinkola (2000: 27):

“Esta vieja, La Que Sabe, está dentro de nosotras. Prospera en la más profunda psique de las mujeres, en el antiguo y vital Yo salvaje. Su hogar es aquel lugar del tiempo en el que se juntan el espíritu de las mujeres y el espíritu de *La Loba*, el lugar donde se mezclan la mente y el instinto, el lugar donde la vida profunda de una mujer es el fundamento de su vida corriente”.

Lo interesante es que Pinkola (2000: 28) añade la clave para todo este recorrido que estamos haciendo. Esta vieja (esta loba) se encontraría situada entre los mundos de la racionalidad y del mito. En torno a ella girarían los dos mundos: “La tierra que se interpone entre ambos es ese inexplicable lugar que todas reconocemos en cuanto llegamos a él, pero sus matices se nos escapan y cambian de forma cuando tratamos de inmovilizarlos, a no ser que usemos la poesía, la música, la danza o un cuento.” Es el lugar en el que se encuentra ese arquetipo que puede ser llamado *La Vieja, La Que Sabe, La Loba o la Mujer Salvaje*, es decir, esa fuerza inimitable e inefable que encierra un enorme caudal de ideas, imágenes y particularidades. En *El lenguaje de las ballenas*, el último de los libros de Begoña Abad publicados hasta la fecha, el poema “Madriguera” parece estar en sintonía con todo el razonamiento anterior:

Donde acostumbro a estar  
no existe el tiempo  
o se mide de otro modo.  
Contemplar la incertidumbre por compañía.  
Aprender a leer las lunas,  
las cosechas, las mareas.  
Los dolores, los abrazos perdidos,  
las llegadas y las despedidas.  
Las señales de los surcos en la tierra,  
el humo que esparce el viento.  
Diferenciar la época de la siembra,  
la de la cría, la dejar morir las hojas  
y sentarse a escucharlas caer  
o escuchar a los grillos.  
Dejar correr el agua,  
sostener la lluvia con las manos  
y atender el concierto sobre las hojas,  
reconocerse después  
en el rastro lento del caracol.  
Templar el pulso, afinar el oído,  
esperar la nevada,  
tantear la escarcha sobre la planta.  
Conocer los nidos, las madrigueras,  
saber del temblor de sus crías.  
Seguir buscando luciérnagas,  
soplar para avivar la brasa de la vida.  
Volver a empezar después de dejar ir.  
El lugar donde suelo perderme  
no tiene puertas, ni paredes  
pero es el más seguro  
de todos cuantos he habitado.  
(pp. 50-51)

Volver ahora a la bosquihembra supone entenderla mucho mejor. Quizá el texto en el que comience a configurarse sea el titulado “Moguer, tiempo y espacio”, incluido en el libro *Cómo aprender a volar*. Sólo el título nos sitúa ante un pensamiento poético

e ideológico muy concreto, el propio de la poesía de la conciencia crítica y de los encuentros de Voces del Extremo celebrados en la localidad onubense de Moguer. Tanto la imagen del vuelo como la del árbol pertenecen a lo que Bachelard (1993: 101) denomina imaginario verticalizante. Estas imágenes, a su vez, son imprescindibles para expresar los valores morales, puesto que, para Bachelard, el camino que debe recorrer todo ser humano, dada su condición de persona, es el de la ascensión. Así pues, asumir esa verticalidad hacia la ascensión supondría asumir la vida. De ahí que tanto el vuelo como el árbol representen la tendencia hacia la libertad del sujeto poético, y por eso este poema resulta tan significativo, puesto que el compromiso, la libertad y la preocupación por el otro definen a la bosquihembra. Todo lo anterior sin perder de vista que el símbolo del bosque siempre remite al principio materno y femenino, como señala Luis Alberto de Cuenca (2014: 172). El poema lee así:

Tener la certeza de pertenecer  
al árbol en el que eres rama  
y de reconocer las raíces  
desde la tierra que lo alimenta  
hasta la última de sus criaturas  
que en él anidan o se posan.  
Confiar en que el viento  
que nos azote fuerte  
sólo conseguirá que las hojas  
canten la misma cantinela  
y que, llegado el otoño,  
las que caigan serán abono  
para las que vuelvan a nacer en primavera.  
Disfrutar mientras tanto  
de la sombra que nos damos,  
no que nos hacemos,  
y de la brevedad del tiempo  
que compartimos en los abrazos.  
Porque cada brote de este árbol  
crece en su tiempo y espacio  
como sólo es posible hacerlo  
desde la libertad.  
(p. 92)

Dese la libertad, nos dice el sujeto poético. Nos parece muy interesante destacar aquí que para la Iglesia el bosque siempre ha sido un territorio si no peligroso, sí desordenado, caótico. La resistencia del cristianismo frente a la alteridad heterogénea o su lucha contra el paganismo asociado a la naturaleza fueron constantes, como señala Harrison (1992: 87 y siguientes). Para las formaciones sociales medievales los bosques siempre estaban en el afuera, en el exterior. Era el lugar en el que vivían los bandidos, los monjes, los santos, los ermitas, los errantes, poetas, trovadores, adivinos, magos, desertores, druidas, etc. Para cualquiera de ellos escapar de la sociedad era esconderse en los bosques. La Iglesia cristiana, en su esfuerzo por unificar todos los territorios bajo el signo de la cruz, nunca lo vio con buenos ojos, como destaca Harrison (1992: 99):

Desde un punto de vista teológico, los bosques representaban la anarquía de la materia, con todas las imágenes de oscura incompletitud asociadas a ese concepto neoplatónico que enseguida adoptaron los Padres de la Iglesia. Los bosques, como oposición al mundo piadoso, eran considerados por la Iglesia los últimos bastiones del culto pagano. En los tenebrosos bosques celtas reinaban los druidas; en los bosques de Alemania estaban los lugares sagrados en los que los bárbaros infieles se entregaban a ritos paganos; en esos bosques nocturnos, ocultos para la ciudad, los brujos, los alquimistas y los salvajes supervivientes del paganismo tramaban sus fechorías.

Es en los bosques donde se encuentran infinidad de divinidades y criaturas mitológicas de otras culturas y religiones. Dioses, ninfas, náyades, faunos. Es el lugar de la bosquihembra que vaga anárquica y libre.

Evidentemente, todo lo que se salga de la norma, de la ley o de lo impuesto por el poder es para el mismo poder fechoría o salvajismo, como señala Zumthor también en un pasaje de *La medida del mundo*. Todo lo que se escapa del ordenamiento social es, por tanto, peligroso para el pensamiento medieval. Pero la clave está, precisamente, en que lo que se escapa es lo que se mantiene fuera, lejos, en el no-lugar con respecto a la ciudad. Dice Zumthor: “En su realidad geográfica y biológica, el bosque constituye una inmensa matriz, fuente en apariencia inagotable de vida indómita. [...] El bosque es el “no lugar” del bandido, del caballero felón, del siervo rebelde, de todos los forajidos”. El bosque es, por tanto, lugar del rebelde, del alma libre, diríamos desde nuestra perspectiva del siglo XXI, como nos enseñó Ernst Jünger. Para el pensador alemán el bosque siempre es el lugar del rebelde, del *Waldgänger* (literalmente “el que camina por el bosque”). Durante la Alta Edad Media escandinava este *Waldgänger* era un proscrito que se refugiaba en los bosques y cuya vida, por ello, no estaba exenta de peligros.

A partir de esta figura Jungér (1988) señala que el bosque debe ser visto como un espacio concreto en donde el rebelde puede oponer resistencia y, así, configurarse como una figura límite de la política. Para Vidalou (2020: 206), que profundiza en este planteamiento, por ‘límite’ debemos entender no un lugar donde algo se cierra sobre sí mismo, sino todo lo contrario, es decir, un espacio que comienza a existir, y esto es fundamental para la lectura ecocrítica y ecofeminista que estamos realizando sobre la poesía

de Begoña Abad. No hablamos de límites administrativos ni identitarios, sino de límites espesos, de bordes que trascienden las entidades que supuestamente deberían separar. Estos límites albergan, y es aquí a donde queríamos llegar, otra percepción del mundo. Desde este espacio del bosque el ser humano se ve rebasado por algo que va más allá de lo propiamente humano, atravesado por algo ajeno a sí mismo. Posiblemente, como sostiene Vidalou (2020: 207), el individuo se ve traspasado por una memoria colectiva, con sus vínculos, sus usos y su magia. Magia que no distingue claramente la línea que separa los dos mundos, sino que revela una red de relaciones sutiles que los acercan, que los mantienen unidos. Por eso citábamos unas páginas más arriba el poema “Mi tribu” y por eso lo consideramos uno de los textos más decisivos para el tema que nos ocupa: las catacumbas, el amor libre, el cuidado del prójimo, la rebeldía, la valentía, el conocimiento ancestral, etc.

Mientras va naciendo la bosquihembra, como decíamos, en ese “Moguer, espacio y tiempo”, asistimos también a la concepción de la naturaleza como vinculación de seres y de lugares, como hemos visto a propósito de la poética de Elsa López. La Tierra, según Vidalou (2020: 130) no es un depósito de materias primas. Los seres que la pueblan y definen no son meras reservas de energía. Un bosque nunca se nutre de cifras, de porcentajes de pérdidas o ganancias. El ser de un bosque siempre implica un estar vinculado.

La perspectiva que reduce el bosque a mera reserva para la explotación surge a finales del siglo XVII. Hasta ese momento, el universo y la vida formaban, en palabras de Vidalou (2020: 112), un “tejido intrincado de cosas y signos, de seres y vínculos que los ligaban al mundo, toda una fabulación mitológica más o menos caótica”. Desde este punto de vista, narrar la historia de un animal o de una planta consistía en la descripción de sus características, en la enumeración de sus partes u órganos, pero también las semejanzas que podían encontrarse entre ellos. Contar o narrar esta historia era, por tanto, relatar las leyendas, las historias, los usos medicinales, las virtudes, los alimentos que podían extraerse de ellos, esto es, “la historia de los vínculos entre ese ser y el mundo”.

Sin embargo, a finales del XVII y principios del XVIII todos los seres quedan desnudos. Toda esa red que entrelazaba el mundo con la vida deja paso únicamente a la representación. Es el “desencantamiento del mundo” del que habla Puleo (2019: 98-112) en profundidad. La leyenda o la historia es sustituida por una tabla única, por un cuadro general. Todo se nombra y se clasifica a partir de la visibilidad del objeto, es decir, que sólo a través del sentido de la vista se podrá acceder a un conocimiento auténtico, científico. Se trata, por tanto, de una restricción fundamental de la percepción, de la mirada científica, que acabará convertida en la ideología de la modernidad, para la que la materia y la Tierra no son más que entidades pasivas que están disponibles para ser trabajadas, sembradas y explotadas. Y es aquí donde Carolyn Merchant (1980) detecta la ligazón histórica, tan occidental, entre el sometimiento de la naturaleza, vista como una entidad femenina, y el pensamiento científico o mecanicista, sobre todo de Bacon. Cualquier fuerza orgánica de la naturaleza quedaría reducida por este sistema de pensamiento que es capaz de negar toda forma de alteridad. No se trata, como sostiene Merchant, de reinstalar en nuestro

presente una imagen feminizada de la naturaleza, sino de conocer las ideas que sobre la naturaleza se han ido perdiendo a lo largo de los siglos y que hoy podrían ayudar a la humanidad a cambiar los patrones éticos con los que se podría enfrentar con mayores garantías la crisis ecológica.

Los textos de Begoña Abad defienden un concepto de naturaleza como totalidad, como red de vida y vinculaciones. La bosquihembra es, así, mujer, mito, conciencia, árbol, vida, libertad y ligazón de seres. Lleva, por eso, “un bosque a cuestas”, con todo lo que ello significa. Así lee, a propósito de esa totalidad, el siguiente texto de *El techo de los árboles*:

Tiemblan las raíces en el encuentro con el árbol más cercano. Ambos han permanecido, años y años, sin saber el uno del otro más allá de un roce de sus ramas cuando el viento lo ha propiciado.

Pero no siempre hay viento o a veces es demasiado violento.

Así cuando sucede el encuentro en lo más oscuro, desconocido, y sin embargo lo más profundo, hay un temblor que recorre la tierra más allá del bosque solitario y se alegra el misterio mismo de la vida y ella se hace regazo.

(p. 128)

Esta profundidad, esta oscuridad desconocida es ese lenguaje que, a pesar del pensamiento mecanicista, reduccionista, ha permanecido oculto y protegido, solo a disposición de quienes han querido escuchar a lo largo del tiempo. Aunque parezca un texto de reencantamiento el que acabamos de leer, hoy sabemos con evidencias científicas que los árboles y las plantas no sólo sienten, sino que también se comunican entre ellos y con los animales, como han demostrado Mancuso y Viola (2018: 138):

Los estudios más recientes sobre el mundo vegetal han demostrado que las plantas son sensibles (es decir, que están dotadas de sentidos), se comunican (entre ellas y con los animales), duermen, memorizan e incluso son capaces de manipular a otras especies. Además, pueden describirse como organismos inteligentes a todos los efectos. Las raíces conforman un frente en continuo avance, con innumerables centros de mando, de suerte que el aparato radical se erige en guía de la planta como si fuera un cerebro colectivo, o mejor, una inteligencia distribuida que, a medida que crece y se desarrolla, va recabando información importante para su nutrición y su supervivencia.

Ese otro lenguaje, esos sentidos ocultos u olvidados, afloran tras un arduo ejercicio de indagación y desvelamiento. Es un esfuerzo que, además, define al sujeto ético y solidario, puesto que los resultados de la búsqueda apelan siempre a la necesidad de contar con el otro, de la reconstruir los vínculos entre el yo y los otros y el yo y lo otro. Es esa fórmula del “Yo soy si tú eres” de Franz Hinkelammert de la que hablábamos al principio de este libro. “El otro tiene que vivir para que yo pueda vivir. La naturaleza tiene que vivir

para que yo, ser natural que soy parte de la naturaleza, pueda vivir” (Riechmann, 2016: 29-30). El último texto de *El techo de los árboles* habla por sí mismo:

“Quien esté libre de guerras que tire la primera piedra.

Nací sin más impulso que el de respirar, vendría después la tarea de ponérme en pie y la de aprender a hablar la misma lengua de quienes me rodeaban, la de escuchar sus miedos, su dolor... Me reconocí en todos ellos y fue así como empecé a hacer un hoyo en la tierra que nos sostenía, buscando algo desconocido. Aparecieron raíces finas al principio, aparecieron fuertes raíces cuando fui ahondando, pero en todas ellas encontraba algo que las asfixiaba. Fue entonces cuando, rendida mi mente y arañadas mis manos, me senté sobre la tierra y aprendí a guardar silencio y, de inocencia en inocencia, fui volviendo al principio de todas las cosas. Entonces pude abrazar el árbol del fruto eterno de la compasión y aprendí a respirar compasiva-mente”.

(p. 164)

Dos años después de este último texto, en *El lenguaje de las ballenas*, sabremos cómo siguió, después de todas las revelaciones, su día a día la bosquihembra. Antes de citarlo, hay un hermoso texto en prosa, casi al final de este libro, que para los lectores de la obra de Begoña Abad representa la cumbre de todo un proceso de escalada, el final de un viaje que comenzó con *Begoña en ciernes* (2006), la definitiva metamorfosis del sujeto poético. De una voz lírica encadenada a la tierra, a las incertidumbres y a lo impuesto en sus primeros poemas, la vimos transformarse y aprender a volar y alzar, posteriormente, el vuelo libre a lo largo de un cielo azul incommensurable. Asistimos ahora a una nueva transformación decisiva, porque el árbol es a la vez tierra (el anclaje necesario a la memoria, para nunca olvidar de dónde vino) y cielo (el territorio conquistado de la libertad, a donde fue). Y así leemos:

Pertenezco a un tiempo en el que los niños trepábamos al árbol para escondernos, cuando crecíamos a destiempo y no encontrábamos lugar entre una edad y otra.

Pertenezco a esa generación donde los árboles crecían cerca y echaban raíces en nuestra familia.

Pertenezco a ese pasado en el que nos gustaba tumbarnos bajo el árbol, para hablar con la tierra a la que sabíamos que tendríamos que volver algún día. Olíamos su aliento y escuchábamos su rumor, aprendíamos el secreto de su silenciosa resistencia.

Pertenezco a un tiempo en el que el hombre podía ser enterrado bajo el árbol que plantó su padre y cuyas semillas se esparcieron como ahora se esparcen las letras por mi cabeza.

Por eso estoy segura de que mis brazos, que un día fueron alas, acabarán siendo fuertes ramas donde mis nietos treparán o donde se columpiarán risueños, donde volverán a encontrarse conmigo en el ciclo permanente de la Vida.

(p. 89)

Transformada en árbol o convertida en todo un bosque, mito, amor, entrega pájaro, la bosquihembra continuó y continua con sus rutinas maravillosas, siempre compartiendo la vida. Qué mejor final para este acercamiento que este último poema de *El lenguaje de las ballenas*:

Como cada día cuando anocchece  
recojo la cosecha.  
Una margarita, un tomate,  
un pétalo de pensamiento,  
un risueño recuerdo en mitad del pasillo,  
un poema levantado delante de mis ojos,  
siempre hay uno.  
Un atisbo de certeza, un cestaño de dudas,  
la raíz de un asunto,  
un remedio natural para algún mal,  
una escucha dilatada de latidos  
y un contar respiraciones o pasos.  
El olor de las madres-selva  
o el dolor de los hijos fugitivos.  
Una oración a ser posible simple,  
dos versos a ser posible maduros.  
Duermo después de agradecerlo todo.  
Miles de luciérnagas se reúnen  
a esas horas, salgo a su encuentro  
para compartir la cosecha.  
Así es mi vida ahora.  
(p. 20)

## Bibliografía

- Abad, B. (2006). *Begoña en ciernes*. Ediciones del 4 de agosto.
- Abad, B. (2008). *La medida de mi madre*. Olifante.
- Abad, B. (2012). *Cómo aprender a volar*. Olifante.
- Abad, B. (2013). *Musarañas azules en Babilonia*. Babilonia.
- Abad, B. (2013). *Palabras de amor para esta guerra*. Baile del sol.
- Abad, B. (2013). *Cuentos detrás de la puerta*. Pregunta.
- Abad, B. (2014). *A la izquierda del padre*. Ediciones La Baragaña.
- Abad, B. (2015). *Estoy poeta (o diferentes maneras de estar sobre la Tierra)*. Pregunta.
- Abad, B. (2016). *El hijo muerto*. Libro-CD. Babilonia Ediciones.
- Abad, B. (2016). *Diez años de sol y edad. (Antología 2006-2016)*. Pregunta.
- Abad, B. (2018). *El techo de los árboles*. Pregunta.
- Abad, B. (2019). *Llaves para una revolución*. Edición de Leticia Herrera. Ediciones Caletita.
- Abad, B. (2020). *El lenguaje de las ballenas*. Pregunta.
- Abad, B. (2021). *Madres*. Pregunta.
- Abella, I. (2018). El árbol matria. *Ínsula*, n.º 862, pp. 39-40.
- Alegre Zahonero, J. (2017). *El lugar de los poetas. Un ensayo sobre estética y política*. Akal.
- Bachelard, G. (1993). *El aire y los sueños*. FCE.
- Benhabib, S (1990). El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la teoría feminista. *Teoría feminista y crítica*, Sheyla Benhabib y D. Cornell (eds.), pp. 119-149. Alfons el Magnànim.
- Bate, J. (2000). *The Song of the Earth*. Harvard University Press.
- Binns, N. (2004). ¿Callejón sin salida? La crisis ecológica en la poesía *hispanoamericana*. Prensas universitarias de Zaragoza
- Binns, N. (2011). Poéticas para un mundo insostenible. *Literatura y sostenibilidad en la era del antropoceno*, José Manuel Marrero Henríquez (ed.), pp. 61-76. Fundación Canaria MAPFRE GUANARTEME.

- Boff, L. (2019). *Una ética de la madre Tierra. Cómo cuidar la casa común.* Trotta.
- Buell, L. (1995). *The Environmental Imagination: Thoreau, Nature Writing and the Formation of American Culture.* Harvard University Press.
- Buell, L. (2001). *Writing for an Endangered World: Literature, Culture, and Environment in the U.S. and Beyond.* Cambridge, MA., y Londres: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Campos López, R. (2018). Estudios sobre la ecopoesía hispánica contemporánea: Hacia un estado de la cuestión. *Artifara*, pp. 169-204.
- Carretero González, M. (2010). Ecofeminismo y análisis literario. *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigal (eds.), pp. 177-189. Iberoamericana.
- Casanova, E. y Larumbe, M.ª A. (2005). *La serpiente vencida. Sobre los orígenes de la misoginia en lo sobrenatural.* Prensas universitarias de Zaragoza
- Cuenca, L. A. de (2014). “Simbolismo del árbol y del bosque”. En *Litoral. El árbol. Poesía y Arte*, n.º 257, pp. 170-175.
- Flys Junquera, C. (2013). “Las piedras me empezaron a hablar”: Una aplicación literaria de la filosofía ecofeminista”. En *Feminismo/s* 22, pp. 89-112.
- García Linares, J. M.ª (2017). “Diez años de sol y edad” (reseña). En Álabe. Revista de *Investigación sobre Lectura y Escritura*, 16, pp. 17-21. DOI: <https://doi.org/10.25115/alabe16.7564>
- García Linares, J. M.ª (2018). Prólogo. Luciérnagas azules para la oscuridad del mundo. Begoña Abad, *El techo de los árboles*. Pregunta.
- García Linares, J. M.ª (2019). *Nacer para aprender, volar para vivir. Un acercamiento a la poesía de Begoña Abad.* Pregunta.
- García Linares, J. M.ª (2021). Aprendizaje, nacimiento y vuelo. La poesía de Begoña Abad. *Hacia la recuperación de la memoria. Canon escolar y poesía escrita por mujeres (1927-2020)*, Alicia Vara López y Fátima Cuadrado Hidalgo (eds.), pp. 109-128. Universidad de Córdoba.
- Gates T., B. (2010). Una raíz del ecofeminismo: écofeminisme. *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigal (eds.), pp. 167-176. Iberoamericana.
- Hernández González, C. (2020). *La muerte fértil. Mitos, símbolos y arquetipos de una paradoja recuperada.* Gráficas Munda.
- Gilligan, C. (1986). *La moral y la teoría filosófica del desarrollo femenino.* FCE.

- Glotfelty, CH. (2010). Los estudios literarios en la era de la crisis medioambiental. *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigal (eds.), pp. 49-65. Iberoamericana.
- Glotfelty, CH. y Froom, H. (eds.) (1996). *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literacy Ecology*. Atenas y Londres: The University of Georgia Press.
- Hinkelammert, F. (2010). *Yo soy si tú eres. El sujeto de los derechos humanos*. Driada.
- Iravedra, A. (2010). *El compromiso después del compromiso. Poesía, democracia y globalización (poéticas 1980-2005)*. UNED.
- Jungér, E. (1988). *La emboscadura*. Tusquets.
- Lévinas, E. (2009). *Humanismo del otro hombre*. Siglo XXI.
- Mancuso, S. y Viola, A. (2018). *Sensibilidad e inteligencia en el mundo vegetal*. Galaxia Gutenberg.
- Martínez, Y. (1997). Jorge Riechmann, una poética de la vinculación. En Alberto García-Teresa (ed.), *Un lugar que pueda habitar la abeja. Entrevistas con Jorge Riechmann*, pp. 49-52. La Oveja Roja.
- Merchant, C. (1980). *The Death of Nature, Women, Ecology and the Scientific Revolution*. San Francisco: Harper One.
- Mies, M. a y Shiva, V. (2014). *Ecofeminismo*. Icaria.
- Navarro Pedreño, S. (2017). *Saber femenino, vida y acción social*. EDITORIAL CCS.
- Pinkola, C. (2000). *Mujeres que corren con los lobos*. Ediciones B.
- Plumwood, V. (1993). *Feminism and the Mastery of Nature*. Routledge.
- Plumwood, V. (2002). *Environmental Culture. The Ecological Crisis of Reason*. Routledge.
- Puleo, A. (2019). *Ecofeminismo. Para otro mundo posible*. Cátedra.
- Rey Torrijos, E. (2010). ¿Por qué ellas, por qué ahora? La mujer y el medio natural orígenes y evolución del ecofeminismo. *Ecocríticas. Literatura y medio ambiente*, Carmen Flys Junquera, José Manuel Marrero Henríquez y Julia Barella Vigal (eds.), pp. 135-166. Iberoamericana.
- Riechmann, J. (2011). *El común de los mortales*. Tusquets.
- Riechmann, J. (2016). ¿Derrotó el Smartphone al movimiento ecologista? Para una crítica del mesianismo tecnológico. Los libros de la catarata.

Rodríguez, J.C. (1999). *Dichos y escritos. (Sobre “La otra sentimentalidad” y otros textos fechados de poética)*, pág. 23. Hiperión.

Ruiz Garrido, B. (2016). Mujeres y árboles. Asimilaciones naturales y autorrepresentaciones feministas. *Asparkia: Investigació feminista*, n.º 29, pp.127-144.

Vidalou, J. B (2020). *Ser bosques. Emboscarse, habitar y resistir en los territorios en lucha*, Errata naturae.

Vitale, I. (2017). *Poesía reunida*. Tusquets.

Warren, K. (1997). El poder y la promesa de un feminismo ecológico. En María Xosé Agra (comp.), *Ecología y Feminismo*, pp. 117-146. Ecorama.

Warren, K. (ed.) (2003). *Filosofías ecofeministas*. Icaria.

White, S. (2011). *Arando el aire. La Ecología en la Poesía y la Música de Nicaragua*. Managua: 400 Elefantes.

Whitman, W. (1994). *Días ejemplares*. Parsifal Ediciones.

Zumthor, P. (1994). *La medida del mundo*. Cátedra